

## FELIPE II

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Como parte de la monumental *Historia de España* que bajo la prestante y acertadísima dirección de don Ramón Menéndez Pidal se comenzó a dar a la prensa desde 1954 por la Editorial Espasa Calpe S. A., aparecieron en 1958 dos tomos dedicados al reinado de Felipe II; aquella época en que el imperio español alcanzó su unidad peninsular juntamente con el dilatado poderío que le constituyó en la primera potencia de Europa.

Es esta obra eruditísima del padre redentorista Luis Fernández y Fernández de Retana, y está precedida de un extenso prólogo que abarca todos los aspectos de la persona del rey Felipe II y de su época, obra de don Cayetano Alcázar Molina, catedrático de historia moderna de España, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y director de la Escuela de Historia Moderna del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Como observa el padre Fernández de Retana en el breve preámbulo que precede a su obra, la figura de Felipe II es una de las más difíciles de enfocar. Y está muy bien usada esta expresión traslaticiamente tomada del arte de la fotografía, porque realmente lo que pide la crítica y lo que buscan los lectores de obras de este género es que se refleje la personalidad de este gran rey en la pantalla histórica con nitidez, sin aquella vaguedad e imprecisión con que la han presentado algunos de sus biógrafos; y sobre todo, limpia de aquellas sombras o manchas con que la han mostrado sus detractores; humana y auténtica, con sus grandes cualidades de hombre y de rey, sin omitir sus errores, humanos también, pero sin extremarlos ni reteñirlos de negras tintas de pasión y de malevolencia, ajenas a la historia. Tal es lo que ha logrado el padre Fernández: destacar de entre los velos de la historia, tendenciosa o enemiga del rey, o de entre las vaguedades de autores de insuficiente solidez documental, la nítida verdad de las cosas, desvirtuando necias calumnias inspiradas por sectarismos que han falseado deliberadamente la historia.

Otras obras han dejado afirmaciones verídicas, pero que necesitan sin embargo el aporte de más firme respaldo documental para desvirtuar las relaciones imperfectas o adversas, las novelescas narraciones y aun ciertas truculentas piezas teatrales que han contrahecho en el ánimo de

las gentes la figura moral del rey. Entre estas se cuenta aquel drama romántico de Schiller titulado *Don Carlos*, en el que Felipe II, que fue padre amantísimo, y tan desgraciado como afectuoso en el caso de su hijo primogénito, aparece como causante de la muerte de don Carlos. La verdad histórica no obstante es otra: la perturbada razón del príncipe fue la mayor pena y el mayor problema de estado para Felipe II como padre y como rey, pero no la causa del crimen nefando que autores sin pudor ni probidad históricas han pretendido atribuirle.

Nos dice el padre Fernández de Retana que Felipe II fue uno de los más grandes monarcas españoles y a la vez uno de los más grandes personajes de la historia, “erguido en el siglo XVI, siglo turbulento, acaso el más decisivo de toda la historia de la humanidad; lleno de problemas terribles que envolvieron en sombras torturadoras el gobierno de don Felipe”.

Dice además el padre Fernández de Retana, y lo comprueba, que fue este rey un *símbolo* que representaba el poder imperial y la inmanencia de los príncipes antiguos cuando se resquebrajan las instituciones que parecían inmutables. Considera además que era el *símbolo* de la fe católica y de la Iglesia Romana frente a la rebelión luterana, al cisma inglés y al torbellino hugonote de Francia, así como también frente a las revueltas religiosas y políticas de Flandes.

Teniendo ante sí este rey tan crecido número de enemigos, entre los que se llegó a contar su propio secretario, el traidor Antonio Pérez, fue víctima de las plumas adversas que desde aquella misma época comenzaron a presentarlo como una figura monstruosa y siniestra, que, pese a la habilidad literaria de sus calumniadores, resultaba inverosímil ante la realidad de la persona del rey.

El mérito principal de la obra del padre Fernández de Retana radica, pues, en mostrar a sus lectores la auténtica personalidad moral del rey, y en la cabal demostración de la genialidad del hombre de estado que le distinguió. Antes de escribir esta historia de Felipe II y de su reinado se documentó ampliamente el mencionado autor. Estudió una multitud de documentos, contrapesó obras de otros autores y las contrastó con las fuentes originales en los archivos donde se conservan, hasta llegar a un punto de amplia información en tales fuentes y notas de cancillerías de España y de otras naciones de Europa.

No consideró el padre Fernández de Retana, ya fallecido, que a pesar de su diligente labor investigativa, hubiera llegado a dominar en absoluto el conjunto de “la ingente labor de este formidable gobernante”, pero sí que le había sido posible resolver la mayoría de los problemas que surgieron en torno a este rey. Por ello, con la modestia propia de todo historiador estudioso y además responsable, advirtió que no había pretendido decir la última palabra sobre la totalidad de la actuación de Felipe II. “Solo aspiro —dijo en el *Preámbulo*— a proponer modestamente, para los que lo quieran leer, cómo veo yo la semblanza de este gran señor a la luz de los documentos auténticos, desde el punto de vista español”.

Y añade, para concretar más el carácter de la obra: "pero como el ambiente español de aquel siglo, que es en el que se movió (el rey), era ecuménico y se imponía con su ciencia, su fe, su política, sus armas y sus ideales en todas las encrucijadas de la vida pública de los pueblos, por fuerza habrá que tocar, aunque no sea más que de paso, las convulsiones que entonces agitaban a Europa, repercutiendo en el bien asentado trono español".

Encierran, por tanto, estos dos tomos la historia de un reinado de los más importantes de la vida española y de la europea, y también de la vida americana en relación con la política mundial. Además la presentación de la semblanza moral del rey; y con esta semblanza moral, las características de su política y de su diplomacia, europeas e indianas, a la vez, con la apreciación de su religiosidad y de su fe.

El estilo del padre Fernández es llano, sencillo y claro como lo pide toda obra histórica, y el lector recorre las páginas de este libro con grata complacencia por el contenido y por la forma usada para narrar los hechos de aquella época de la grandeza de España.

Hablar de la historia española y de la de un rey que lo fue también del Nuevo Reino de Granada, ya constituido entonces sobre el vasto territorio que fue luego el de la Gran Colombia, y de un monarca de quien existe en nuestro Archivo Histórico Nacional un extenso cedulario real, suscrito con su firma, que constituye un cuerpo de legislación, especialmente dictada para nuestro país, que era uno de los reinos confederados que integraron el dilatado imperio español, es tratar de un gobernante propio y de un historia que ha hecho parte de la nuestra.

No nos referimos, pues, a un personaje extraño del mundo europeo, sino a un gobernante que contribuyó a formar y a organizar nuestra nacionalidad cuando ella estaba en su infancia. Felipe II fue quien designó al primer presidente del Nuevo Reino de Granada, don Andrés Díaz Venero de Leyva, uno de los más benéficos gobernantes de aquellos remotos tiempos de la iniciación de la patria colombiana; Felipe II fue quien propició el levantamiento de los templos de muchísimos de nuestros pueblos, villas y ciudades, y fue él quien otorgó a Santa Fe de Bogotá el título de Muy Notable y Muy Leal. Entonces ya era ella capital de un vasto reino cuyo territorio y carácter de entidad separada de la autoridad de la Audiencia de Santo Domingo, la constituía en virtud de disposiciones de Carlos V, fundador de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, en una provincia ultramarina del imperio con categoría casi igual a la que tenían los dos grandes virreinos de Méjico y del Perú.

Si se examina el cedulario real antes mencionado, se halla que contiene múltiples disposiciones sobre los diversos ramos de la administración pública neogranadina, sobre la evangelización de los indígenas y sobre su celosa protección; se encuentra que entonces, y en beneficio de los trabajadores de aquel tiempo, señaló el rey la jornada de ocho horas de labor, y que, a pesar de hallarse el Nuevo Reino de Granada a tantos miles de kilómetros de la metrópoli, donde Madrid acababa de adquirir la calidad de capital del imperio, nuestro rey Felipe II, con la meticulosidad con que atendía a todos los negocios del estado, velaba por nuestro

progreso y buen gobierno, y procuraba que en nuestro suelo fuera floreciendo la cultura y se extendiera el uso de lengua castellana entre los indígenas; a la vez que ordenaba que se cultivaran las lenguas de los naturales para que por medio de ellas, como lo desea la Iglesia, se les diera la instrucción religiosa.

Se ve, sobre todo, con qué especial cuidado y empeño procuró el rey Felipe II que se arraigaran en el pueblo neogranadino profundamente la fe católica y las sanas y puras costumbres que han sido durante siglos su mejor patrimonio y su mejor título para figurar con honor en el conjunto de los pueblos cultos. Cuanto se pierda de esta herencia secular implicará retroceso en el camino del progreso y de la cultura, y acaso retroceso a condición peor a la de las edades prehistóricas.

En fin, en el cedulaario real mencionado, tras de la característica rúbrica de don Felipe, se hallan las de los reyes sus sucesores al pie de las disposiciones con que ellos secundaban las de su ilustre antecesor, y antes que todas la del emperador Carlos V, como muestra del primer impulso que él dio a la obra de perfeccionamiento que secundó eficazmente Felipe II.

Y volviendo a la obra del padre Fernández de Retana, se puede afirmar que de estos dos volúmenes del tomo XIX de la monumental *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, surge la nítida figura de Felipe II, limpia de las manchas que con afirmaciones históricamente calumniosas han solido presentarla sus detractores, y que se halla confirmado el concepto que del rey prudente y celoso de la fe española han emitido historiadores verídicos y ajenos a los prejuicios de secta o de rivalidad internacional que configuraron una pseudo historia basada en intencionadas y tendenciosas afirmaciones de urdidores de intrigas y calumnias como el secretario Antonio Pérez, en cuya mendacidad se fraguó la leyenda negra contra el monarca.

Felipe II, el rey que apoyó decisivamente, al par con el Papa, el Concilio de Trento y que alcanzó por medio de la Escuadra Aliada la victoria de Lepanto que libró para siempre a Europa del dominio de los turcos, tiene hoy un nuevo monumento histórico alzado a su gloria de gran rey en la obra que dejó el padre Fernández de Retana dentro de la *Historia de España* de Menéndez Pidal.